
La entrevista

ALFAGUARA



ALFAGUARA


© 2012, LILIANA BODOC

© De esta edición

2012, Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara S.A.
Av. Leandro N. Alem 720 (C1001AAP)
Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina

ISBN: 978-987-04-2422-2

Hecho el depósito que marca la Ley 11.723

Impreso en Argentina. *Printed in Argentina*

Primera edición: junio de 2012

Coordinación de Literatura Infantil y Juvenil:

MARÍA FERNANDA MAQUIEIRA

Edición:

VIOLETA NOETINGER

Imágenes de tapa:

© MIKE McDONALD - FOTOLIA.COM

Bodoc, Liliana

La entrevista. - 1a ed. - Buenos Aires : Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara,
2012.

112 p. ; 14x23 cm.

ISBN 978-987-04-2422-2

1. Literatura Juvenil Argentina. I. Título.

CDD A863.928 3

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma, ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

Liliana Bodoc

La entrevista

 PRISA EDICIONES

ALFAGUARA

SERIE ROJA

Parte I
El casting



Cualquier conversación acerca de la profesora Inés Mavers terminaba del mismo modo: pero sabe mucho.

¿Vieron cómo camina?

¿Y los pañuelitos descartables?

No falta ni muerta.

Pero sabe mucho.

¿Quién se murió?

Nadie.

Pero sabe mucho.

Tal vez alguien objetaría que se trataba de un conocimiento enciclopédico: datos con datos con datos, guiso de datos, un armario lleno, una vida entera dedicada a las fechas, los nombres, las categorías y los tipos de discursos.

Como fuera, Inés Mavers, profesora de Lengua y Literatura, lograba impresionar a sus jóvenes oyentes.

Ese martes de inicios de noviembre, turno mañana, giró hacia el pizarrón, y en el sitio didácticamente correcto escribió con caligrafía capaz de sobreponerse al trazo rústico de la tiza:

ENTREVISTAMOS A UNA PERSONA DESTACADA DE LA COMUNIDAD.

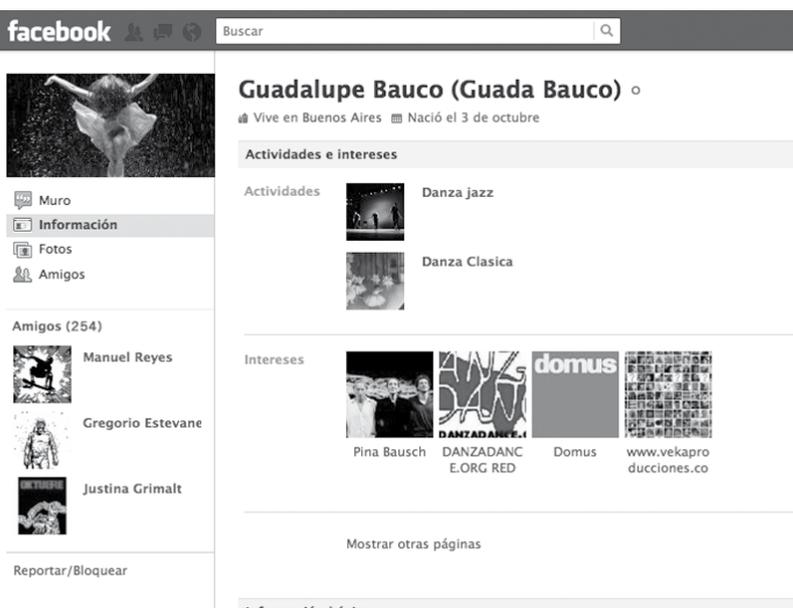
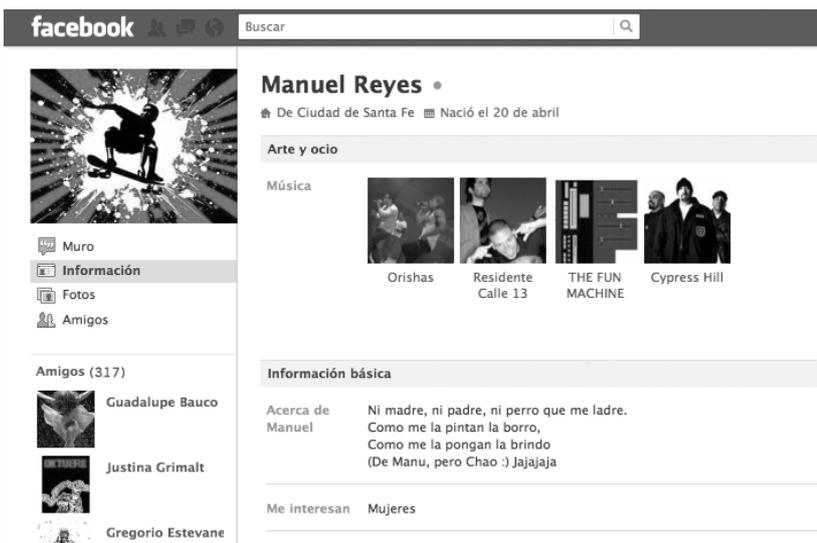
A Inés Mavers le encantaba el plural: resumimos, estudiamos, leemos, sacamos conclusiones. O de lo contrario, ¡señores!, desaprobamos la materia.

A Inés Mavers le encantaba el plural:

ENTREVISTAMOS A UNA PERSONA DESTACADA DE LA COMUNIDAD.

Antes de formar los grupos, la profesora aclaró que los alumnos debían solicitarle al entrevistado una breve presentación, o bien hacerla ellos mismos.

A Manuel Reyes se le cayó la gorra que hacía girar sobre su dedo índice. La mirada impaciente de la profesora no logró inmutar al alumno, que continuó indolente, echado sobre el respaldo.

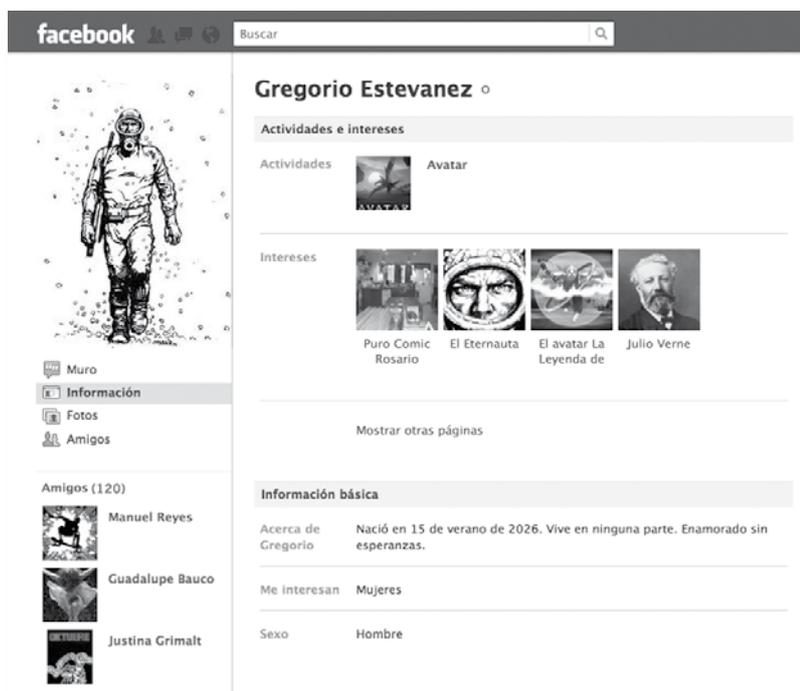


La profesora explicó que cada entrevista debía constar de siete preguntas pertinentes, referidas a la actividad o profesión del informante, ¡sin entrometerse en asuntos privados! ¿Lo tenemos claro, señores?

—Una pregunta, profesora —dijo Guadalupe Bauco.

El siguiente paso consistía en hacer una desgrabación limpia de toda marca de oralidad. Cuando la profesora Inés Mavers se aprestaba a aclarar el concepto, se le adelantó Gregorio Estevanez con una catarata de ejemplos que a él solo le parecieron graciosos: ehh, como decía, ehh vamo por parte, como decía, ehh, ¿me repetís la pregunta?, bue, no sé...

—Exactamente eso, Estevanez —lo interrumpió la profesora.



—Por último, señores, vamos a adjuntar una reflexión, un ensayo evaluativo sobre la experiencia, teniendo en cuenta lo que aprendimos, los roles grupales, las diferencias de registro con el entrevistado. ¿Cómo lo hacemos? Enumeramos palabras y conceptos no comprendidos, buscamos el significado y lo entregamos por escrito.

Justina Grimalt, delgada y de ojos tristes, se tocó cinco veces la punta de la nariz.



Inés Mavers pidió recordar que tenían que trabajar todos, y no echar la carga sobre los hombros de un solo alumno porque, en el momento de la evaluación, cada integrante del grupo debería exponer en forma oral.

De inmediato, Mavers se abocó a la tarea de reunir azarosamente a los alumnos, así se evitarían trampas y triquiñuelas.

Ella era capaz de decir “triquiñuelas”.

Por lo demás, el azar les serviría para establecer nuevas relaciones, porque en la vida no siempre van a tener la suerte de trabajar con gente de su agrado. Lo mejor es que se acostumbren a convivir con aquellos que les caen mal.

Como resultado de esa firme y filantrópica creencia, surgió un grupo ciertamente complicado:

—Bauco, Estevez, Grimalt y Reyes.

El curso entero se quedó mudo: ¿Bauco, Estevez, Grimalt y Reyes?

¿Guada iba a trabajar con Manu y con Grimalt?

¿Grimalt iba a hacer una entrevista con Gregorio y con Guada?

¿Manu iba a hacer algo con alguien alguna vez en su vida?

Pero estaba dicho. Y, si algún alumno pensó en quejarse por la índole caprichosa de aquella elección, notó muy rápido que había causas peores para atormentarse.

—Plazo de la primera entrega, martes próximo —dijo Inés Mavers, anotando en su planilla, y todos sabían que esas marcas eran tan rotundas como un sello de sangre.

La profesora Mavers venía de una licencia de dos meses “por estrictas razones de salud”.

—Y no tengo la culpa de que su pésimo comportamiento haya amedrentado a esa pobre chica que vino a reemplazarme. Pero ahora volví.

La profesora hizo la lista: miércoles, jueves, viernes, sábado, domingo, lunes y martes. Completó los siete dedos y los movió delante del curso por si quedaba alguna duda.

Frente a ella, vio componerse un monstruo colectivo, resultado de los gestos sumados de veintiocho alumnos, día de asistencia perfecta, que no podían creer lo que escuchaban. Veintiocho muecas para un solo y enorme fastidio: boca entreabierta, mentón oscilante, risa histérica, aletas de la nariz más abiertas de lo normal, movimiento involuntario de las comisuras, cuello como signo de pregunta, aire general de abatimiento, respiración entrecortada, maxilar caído.

¿Veintiocho muecas?

En verdad fueron veintisiete, porque Manuel Reyes no gastaba más energía la imprescindible excepto para componer hip hop.

El valiente que se atrevió con un “Pero profesora...” tuvo su respuesta:

—El año escolar se acaba, el programa manda. Y una semana es tiempo suficiente, señor.

Timbre.

El grupo más conflictivo se reunió en el recreo para intentar un acuerdo inicial.

—Esto es un asco —arrancó Guadalupe Bauco—: ¿Por qué no nos deja elegir a nosotros?

Por causas que nadie más que él conocía, Gregorio Estevanez no solo le dio la razón sino que explicitó el origen del extraño carácter de la profesora de Lengua.

—Sufrió mucho... Por amor. Estaba por casarse con un escritor famoso, y ese mismo día el tipo tuvo un accidente, perdió la memoria ¡y la olvidó para siempre!

Se hizo silencio.

Justina Grimalt volvió al asunto que, por excepción, los reunía junto al cantero central del patio. Dijo que tenía una idea, en realidad no sabía si iba a parecerles bien, por ahí era una estupidez, pero había pensado que a lo mejor, si estaban de acuerdo...

—Ay, Grimalt, ¿vas a seguir dando vueltas? —interrumpió Bauco, que no creía en la inocencia de Justina.

—No, yo lo decía porque tengo un tío que es diputado...

—Sí, ya lo sabemos. Pero no me parece meterse con políticos; son todos una porquería.

—Es verdad, política no —repitió Justina Grimalt, sin manifestar ninguna clase de molestia por el comentario de Bauco que, a ojos vistas, incluía a su tío, el diputado.

Mientras tanto, Manuel Reyes observaba desde una especie de Polo Norte, tan fría y lejana era su presencia.

Guadalupe Bauco volvió a hablar:

—Lo que yo puedo ofrecer es que entrevistemos a un amigo de mi papá, uno de los mejores neurólogos de Sudamérica.

Guadalupe Bauco ya era una amazona montada a lomos de la situación.

—Eso sí, pensemos bien las preguntas para no hacer un papelón —indicó.

Justina se tocó la punta de la nariz:

—Si les parece, no sé, podemos juntarnos mañana en mi casa.

—Mañana no puedo, tengo clases de danza. Mejor el jueves —decidió Guadalupe.

Para Justina Grimalt el jueves se complicaba. Se había comprometido a cuidar a su sobrino toda la tarde. ¡Pero tantas veces ella se metía en problemas con tal de decir que sí!

—Sí. —Y todavía lo repitió—: Sí, sí... Por mí está bien.

El jueves en la casa de Justina Grimalt fue un ítem aprobado. Mientras tanto, Guadalupe se encargaría de hablar con el amigo de su padre para pedirle que los recibiera el viernes.

—¿Estás de acuerdo, Manuel?

Desde el fondo de una caverna gélida, desde la garganta reseca de un ermitaño urbano, llegó la respuesta:

—Ahá.

Se pasaron los celulares.

Un rato después, en franca contradicción con el trato distante que habitualmente le dispensaba a Estevanez, Guadalupe le pidió encontrarse el jueves para ir juntos a la casa de Justina Grimalt. No quería llegar sola, eso fue lo que dijo.

El jueves, Gregorio apareció en la esquina acordada un poco agitado y ansioso por contar que, en el camino, había visto una persecución.

—Dos tipos corrían a otro, con armas en la mano, y yo tuve que esquivarlos porque se me venían encima...

—¿Dónde fue? —preguntó Guadalupe.

—Acá cerca, a cuatro o cinco cuadras.

—Pero la semana pasada ya habías visto otra cosa... ¿qué era?

La casa blanca y antigua en donde Justina Grimalt vivía con su madre ofrecía, por dentro, un aspecto de feria: libros, plantas, pañuelos coloridos sobre las lámparas, máscaras en las paredes, artesanías buenas y malas, además de tres gatos bautizados con nombres poco comunes: Lao, Niebla y Pacha. Había que admitir que todo lucía limpio, y que la casa olía bien, un poco a café, un poco a sahumero, un poco a muñecas de trapo.

El grupo de trabajo, con excepción de Manuel Reyes que aún no había llegado, se sentó en la sala, alrededor de una mesa de madera oscura que debía tener muchos años, casi como la madre de Justina que, aunque usaba una trenza muy larga y ropa de lienzo, tendría por lo menos cuarenta y cinco.

“Hippie”, definió Guadalupe para sus adentros.

La mujer tenía que salir. Antes de hacerlo le recordó a Justina que se había comprometido con su hermana. Les pidió a los chicos que se sintieran como en su casa, saludó con la mano cargada de anillos y salió.

Guadalupe no demoró en preguntarle a Justina para qué los había hecho ir si tenía un compromiso.

—No. —Justina empezaba a enredarse—: ya arreglé con mi hermana para ir más tarde. Mi mamá no sabía.

Esperaron media hora a Manuel Reyes; como no llegaba, decidieron empezar con las preguntas.

—Podríamos preguntarle si siempre quiso ser médico —propuso la dueña de casa, que quería terminar rápido.

—¿Esa no es una cuestión privada? —Guadalupe iba a contradecir todas las sugerencias de Justina.

—Podríamos preguntarle si nunca lo impresionó la sangre —dijo Gregorio.

—Esa me gusta.

—¿Cuál fue la operación más difícil que tuvo que hacer? —volvió a proponer Justina.

—No termina de convencerme. Mejor si le preguntamos por las dificultades de la donación de órganos —sugirió Guadalupe.

Gregorio acordó con eso y lo indicó alzando el pulgar. Justina recordó las obligaciones de una anfitriona.

—¿Traigo gaseosa?

—Dale.

Gregorio y Guadalupe se quedaron solos.

—Una vez me salió muchísima sangre de la nariz —empezó a contar Gregorio, a tono con la temática del

trabajo escolar—. No paraba nunca. Me llevaron al hospital y me hicieron una transfusión.

—¿Una transfusión por esa estupidez?

En la cocina, Justina Grimalt se tocó la punta de la nariz y contó hasta cinco. Así logró tranquilizarse y dejar para después el asunto de su hermana.

Puso los vasos y la botella en una bandeja de madera patinada y volvió con sus compañeros.

Los tres alumnos de la profesora Mavers decidían la quinta pregunta, cuando apareció Manuel Reyes

que venía de otro barrio,
sin prisa y sin horario,
soy hip hop, no me callo,
yo no marco tarjeta de operario.

Ahá..., yo no robo los salarios
ahá..., yo no soy un comisario.

Zapallo, bagallo, no callo,
¡estallo!

Su llegada generó una distracción interminable para Justina Grimalt que, de tanto en tanto, miraba el reloj de pared.

Sin duda su hermana estaría esperando que llegara para hacerse cargo del nene. Por eso Justina apagó el celular.

Un rato después sonó el fijo. Justina supo quién era y demoró en levantarse para atender. Guadalupe, Manuel, Gregorio, Lao, Niebla y Pacha la miraban con atención.

Justina caminó hacia la mesita baja donde estaba el teléfono y dijo “Hola” con miedo a escuchar lo que escuchó.

—¿Todavía estás ahí? —preguntó su hermana.

—Sí, hola.

—¿Hola? ¿Eso es lo único que se te ocurre decirme, tarada? ¡Hace media hora que te espero!

Justina tenía que hablar sin que sus compañeros notaran el problema:

—Sí, sí, es que tuve que resolver unas cuestiones...

—¿No pudiste llamarme, Justina? ¿No fuiste capaz de avisarme?

—Iba a llamarte enseguida.

—¡Mierda!

Su hermana le cortó con un golpe seco, y Justina siguió hablando sola, aparentando una conversación amigable.

—Listo, quedamos así. Un beso. Chau, chau...

Después volvió a su sitio con una sonrisa triste.

Iba a tocarse la nariz pero notó que Guadalupe la miraba. Entonces se contuvo. Eso debió hacerle mal porque sintió náuseas, y las manos y los pies se le mojaron de sudor frío.

Sexta pregunta, séptima, octava, por fin...

Guadalupe Bauco avisó que el neurólogo amigo de su padre podía recibirlos al día siguiente, viernes a las siete de la tarde.

—Seamos puntuales —dijo mirando a Manuel Reyes, que no se hizo cargo del comentario.

Era evidente que ninguno tenía ganas de quedarse. Los saludos fueron breves. Y hasta mañana.

Apenas se quedó sola, Justina se tocó la nariz, una, dos, tres, cuatro, cinco veces para ordenar su conciencia y su respiración.

Parte II El peor elenco

